

“El socialismo triunfante” de Piria:

Una utopía latinoamericana

“Expiraba el año 1897 cuando, después de un año de estadía en la India, donde un fakir me inició en los misterios de su preciosa ciencia, regresaba a mi patria, la República Oriental del Uruguay.” Con esas palabras comienza “El socialismo triunfante o Lo que será mi país dentro de 200 años”, de Francisco Piria. El libro fue publicado, según consta en su portadilla, en 1898, editado y encuadernado en la Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, en ese entonces ubicada en los números 77 y 79 de la calle 18 de julio de Montevideo.

Lo que lo distingue de otros volúmenes de la época es que se trata de una voluminosa utopía (casi 280 páginas) escrita por Francisco Piria, una personalidad que poco tuvo que ver con la literatura, y mucho con el impulso turístico de la costa atlántica, siendo como fue el fundador de Piriápolis.

Acerca de la compleja y multifacética personalidad de Piria escribimos en recuadro aparte. En lo que se refiere al libro propiamente dicho, su lectura comunica la impresión de que, más que la defensa de una sociedad perfecta futura, se trata de un violento ataque a la sociedad del presente desde el que está escrito. Las actividades de Piria eran múltiples (rematador, constructor, explotador de las riquezas de materiales de construcción de Piriápolis). En cada una de ellas se vio enfrentado a trabas, límites, roces con particulares y funcionarios. A ello se agregaba la personalidad irritable que permiten ver con claridad sus textos, desde pequeños folletos que cantaban la intención desde el título (“Cómo se defiende Piria contra los que le quieren hacer daño”), hasta la dedicatoria manuscrita incluida en el volumen que manejamos de su utopía, que lejos de limitarse a un “afectuosamente”, declara: “En el pintoresco rincón de mi país que me he atrevido —según la opinión de los imbéciles— a denominar Piriápolis, y en el día 10 de enero, de triste y luctuoso recuerdo para mi patria dedico éste mi modesto libro como recuerdo afectuoso a la señora doña Elena Gold-Schmidt. No busque en él elegancia de estilo, ni erudición, ni sabiduría: solo si encontrará sencillez, cariño, afecto y el más puro humanismo. Francisco Piria. 10/1/900. Piriápolis.”

Un viaje al futuro uruguayo

Fernando, el protagonista que llega de la India en el primer párrafo del libro, viaja al Uruguay de dentro de dos siglos gracias a una droga que le permite dormir en animación suspendida ese tiempo, ya que incluye alimento para dos siglos. Es ayudado por una reunión de sabios (“si es que así puede llamarse a los rutineros del siglo XIX”, agrega el alter ego del autor).

Cuando despierta, es recibido por un grupo de personalidades del Estado Cisplatino, y comienza su recorrido de la utopía oriental, que se extiende a lo largo de las seis “jornadas” en que se divide el libro. Es guiado por muchachas y muchachos encantadores, o por ancianos de lenguas barbas blancas, cargados de sabiduría. El diálogo que entablan con él está ocupado, en una relación de dos a uno, por consideraciones despectivas, críticas o meramente quejas acerca del siglo XIX del que proviene el viajero, y en mucho menor medida por la descripción concreta del medio ambiente futuro.

Ese medio ambiente está constituido por una mezcla de estilos arquitectónicos grecorromanos con grandes avenidas arboladas y parques extensos. La vida de los cisplatinos transcurre placenteramente, auxiliados por cómodos vehículos, con baños termales a disposición, y diversos entretenimientos. El dinero no ha desaparecido sin embargo, pero en vez de pesos, los cisplatinos gastan Artigas.

Una vez bañado y desayunado, Fernando es invitado a recorrer la nueva sociedad. Desde el principio mismo se ataca al siglo XIX. El propio protagonista, asombrado ante la falta de falsos pudores cuando Rosa del Alaba, una bella muchacha, lo ayuda a desvestirse, opina: “Indudablemente los habitantes del siglo XIX eran unos grandes eretinos, llenos de pillería zorruna y no poca

tontería. Se pagaban de apariencias: en el fondo, la inmoralidad triunfante; a la vista, la hipocresía dominante.” La movilización por la ciudad se realiza en vehículos con ruedas de goma, movidos algunos por energía eléctrica, y la mayoría por aire comprimido, que en la utopía de Piria funciona como la fuerza impulsora principal de la mayoría de los mecanismos.

El asombro maravillado del protagonista aparece en cuanto comienza su recorrido: van desfilando la mayoría de los lugares y calles de Montevideo de fines del siglo XIX transformados, cambiados en una armonía perfecta de construcciones, árboles y enormes estatuas. Mientras circulan por ese paisaje (que provoca sistemáticas referencias a los errores y dislates del siglo XIX), el anciano acompañante comienza a hacer precisiones sobre la historia transcurrida: la ciudadanía obligatoria dictada para todo quien viviera en los Estados Unidos del Río de la Plata (integrados por Uruguay, Entre Ríos y Corrientes) a partir de 1958. El aumento de la Confederación al incorporarse Paraguay en 1960. Anteriormente, en 1945, “el general oriental Marco Lavalleja reconquistó de los Estados brasileros los territorios que el antiguo Imperio le había usurpado al Uruguay”.

Aunque dista de tener la unidad de una novela, El socialismo triunfante está escrito en una prosa clara y fluida, que sólo se torna rimbombante cuando Piria se dedica a defender gustos personales alejados del tema en tratamiento: la historia y la organización de lo que él considera una sociedad ideal. Es lo que ocurre por ejemplo en un par de ocasiones en que se habla de la transmigración de las almas y el espiritismo. En cambio suele adquirir un notable vigor cuando se irrita, incluso con temas cotidianos como la crianza y educación de los niños, momento en que reacciona contra la sobrealimentación, el exceso de fajamiento y el mimo excesivo a que se sometían a los infantes en su siglo. A finales del siglo XIX, en cambio, estos son educados a partir de los cinco años en grandes instituciones estatales, y se proyecta librarlos de la influencia familiar poco después de nacidos.

El socialismo anárquico y el socialismo razonado

El título del libro puede llevar a confusiones. El socialismo que Francisco Piria (que apoyó en vida al partido constitucionalista, sin integrar ninguna de las dos grandes agrupaciones políticas uruguayas: el partido blanco y el partido colorado) ve como la panacea de los problemas universales poco tiene que ver con el socialismo tradicional. Es un socialismo que, por ejemplo, defiende el capital, “fruto sacrosanto del trabajo del hombre”, y que considera al que agita a las masas como un “socialismo anárquico”, de cuya destrucción y convulsiones surge “el verdadero socialismo razonado, que se vigorizó poderosamente en el siglo XXI”. Allí lo que existe es un límite a las fortunas personales y se elimina la fortuna hereditaria, origen según Piria de personalidades débiles y viciosas. Es una corriente basada en concepciones de Moisés, Aristóteles o San Juan y de personalidades menos conocidas como Falca de Calcedonia, Storch y Münzer y Tomás de Campa-

nella, otro utopista.

Esa información está brindada por un conferenciante a cuya exposición, realizada en un enorme anfiteatro, asiste Fernando. Piria imagina además un papel mucho más prolongado de la monarquía dentro de la historia. Su caída paulatina es acelerada por factores como las rebeliones y, sobre todo, el establecimiento casi mundial del libre cambio. Para citar algunas fechas: la república se establece en Italia en 1967, en España y Portugal en 1976. Y en 1977 las Repúblicas latinas firman un “pacto de Roma”. Todos esos adelantos impulsan y a la vez conforman un sistema político ambiguo, al que Piria se refiere con las denominaciones sucesivas de socialismo “razonado”, “racional”, “liberal”, cayendo a veces en la lisa y llana contradicción en los términos.

Algunos párrafos de su historia imaginaria suenan fuertemente proféticos, como cuando describe la evolución del oriente, y no se limita a un simple enfrentamiento, sino que describe situaciones similares a las de una década del '70 saturada de productos coreanos y chinos a bajísimo costo: “inmensa flota de buques, procedentes de la India, traían al continente europeo productos indios similares a los que Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y demás naciones europeas producían. En vano se imponían fuertes derechos aduaneros: no se podía resistir el empuje; pues el asiático, con su medio de vivir miserable, producía artículos por menos de la décima parte de los que fabricaban los europeos. Así que todas las manufacturas cayeron de una manera espantosa, y los europeos, al proveerse para su consumo de artículos asiáticos, no hacían más que quitarse el trabajo, reduciéndose todos insensiblemente a la más completa inacción y a la más tremenda miseria.” El resultado final no se hace esperar, y sonará muy actual para quienes hemos sufrido las recientes políticas liberales en el Río de la Plata: “las fábricas se cerraron todas como por encanto.”

La vida cotidiana

Las precisiones históricas, económicas y geográficas son mucho más abundantes y complejas que lo que se refiere a la vida cotidiana, defecto compartido por la mayoría de las utopías, que renuncian a la óptica individual para describir incluso en lo referente a la vida privada costumbres sociales, sin entrar en detalles. La utopía uruguayo de Piria incluye la pronta disolución del matrimonio, la educación estatal y laica de los hijos desde los cinco años, la utilización de vehículos voladores de cobre y el juicio pronto e inmediato, que ha provocado la extinción de la raza de los abogados.

Es muy probable que este sanguineo promotor y vendedor haya gustado del tabaco y el vino, porque no elimina esos placeres, sino que los hace mágicamente inocuos. “Hemos eliminado del tabaco la nicotina, haciendo un néctar; hemos desalcoholizado nuestros vinos o licores, haciéndolos agradables o deliciosos.” Como infusión final se sirve un líquido delicioso, que proviene vagamente de “las flores de un arbusto que crecía en Islandia”.

Rige una completa libertad de cultos y tendencias. Uno de los principales monumentos de la ciudad exhibe cuatrocientas estatuas, entre las cuales se encuentran las de Hércules, Flora, Venus victoriosa, Temístocles, Narciso, Eurípides, Sócrates, Platón, Isis, Confucio, Cristo, Mahoma, Moisés, Pablo Demóstenes y Cicerón.

En la ciudad hay 58 teatros líricos muy frecuentados, y una vez que terminan de presenciarse una obra (que no se diferencia demasiado de las comunes en nuestra propia época), se apresuran a tomar un “jardín flotante”, que parte a las ocho en punto, combinando la precisión de lo técnico con la belleza de lo natural. En el viaje Fernando se entera de que todas las obras son sometidas a censura previa, para oponer “una ba-



Francisco Piria en una

rrera el desborde de la inmundicia que en tu edad empezó por llamarse realismo”, según le informa el afable anciano acompañante.

Piriápolis 2000

A escasos años del siglo veintidós, Piria aprovecha su utopía para una gratificación titánica: visitar el lugar que en el momento en que escribe aún lo somete a ingentes esfuerzos para ser edificado, domesticado. Ya ha recorrido un interior uruguayo floreciente, incluyendo cifras concretas de los miles de Artigas recaudados en rentas, visitando minas en plena producción. Cuando oye decir a sus acompañantes que están cerca de una ciudad llamada Piriápolis (aún inexistente para los lectores de 1898), Fernando declara aliviado: “Entonces no hay duda: el ideal del fomentista del siglo XIX llegó a realizarse, se hizo carne la sublime utopía del soñador.”

A continuación describe las condiciones de aquel pasado, un trozo comovedor por lo que hay de queja y esperanza a la vez, hasta rozar la megalomanía: “Recordé las acerbas críticas que se hacían al hombre atrevido, cuando en medio del mayor de los decaimientos el país tendía más a despoblarse que a poblarse; en aquella época desgraciada en que toda iniciativa era acribillada por la malevolente atmósfera de los inútiles y pequeños, que no sólo no concebían pero ni siquiera comprendían los ideales de los que atrevidamente y sin más punto de apoyo que su fe, ni más fuerzas que su voluntad, sin más aliento que su indomable perseverancia, se lanzaban a la ejecución de atrevidas empresas en un país en donde faltaba todo: capitales, crédito, confianza en el porvenir, estabilidad política, gente dispuesta al trabajo, y para colmo sin población: ¡un desierto!”

En una verdadera epifanía triunfal, el protagonista de El socialismo triunfante, (Y Francisco Piria con él) descienden en un hipogrifo alado de aluminio desde el Cerro Pan de Azúcar hacia una ciudad “extendida voluptuosamente en el espléndido valle, llena de movimiento, llena de vida y rebosando progreso.” La misma cuenta con un observatorio astronómico, un enorme museo de mármol adornado por esculturas de Lucas Moreno, un instituto Politécnico sostenido por 240 columnas de pórfido

Francisco Piria: la agitada vida de un "fomentista"

Francisco Piria nació en Montevideo el 21 de agosto de 1847, en el centro de lo que ahora es la Ciudad Vieja. Hijo de un matrimonio genovés integrado por Lorenzo Piria y Serafina Grossi, su abuelo había sido un navegante que visitara con frecuencia el Río de la Plata a partir de 1810, tradición que siguió el padre de nuestro "fomentista" (como él mismo se denomina en su utopía) hasta radicarse definitivamente en Montevideo.

La actividad con la que amasó la mayor parte de su fortuna fue la de rematador, actividad en la que introdujo elementos novedosos: bandas de música, locomoción gratuita, reparto de comida, etc. En 1886 publicó un libro de 224 páginas titulado *Un pueblo rie*, que no hemos podido consultar. En 1892, cuatro años después de publicar su utopía, compra una enorme extensión de tierra, desde el cerro Pan de Azúcar hasta el mar.

Allí comienza su labor titánica para sacar de una zona inhóspita y cubierta de arena un balneario que aún hoy, en que la competencia de Punta del Este bloquea gran parte de su potencialidad, es el segundo del país. Planta árboles que fijan los médanos, olivares, viñedos y castaños. Lejos de limitarse al aspecto turístico, trata de impulsar la potencialidad productiva del lugar: debe soportar reiteradas mangas de langostas que destruyen todos sus plantíos, entabla una lucha encarnizada contra el mar para construir una avenida costanera que, según se dice, fue erigida tres veces luego de ser comida por las olas. Construye un puerto y un ferrocarril panorámico que va desde Pan de Azúcar al mar.

Hacia 1897 termina de construir el ahora llamado "castillo de Piria", una construcción barroca y, como casi todas las que erigió, planeada sobre moldes europeos. Emprende también la construcción de un hotel, ahora Colonia Escalar de Vacaciones, y a partir de 1913 comienza a vender lotes de Piriápolis en Buenos Aires y Montevideo.

La magnitud de sus proyectos, y el modo de llevarlos adelante cueste lo que cueste, los transforman en un personaje digno de García Márquez. Aún hoy, los habitantes más antiguos de Piriápolis suelen hablar de él con el respeto debido a un demiurgo que no pudo llegar a concretar por completo sus sueños sólo por el reducido lapso concedido a una vida humana.

Piria publicó numerosos folletos de



Francisco Piria

estilo agresivo y pintoresco. El titulado *Cómo se defiende Piria contra los que quieren hacerle daño* (probablemente de 1916) es un largo lamento contra la indiferencia de los poderes públicos y contra la animosidad de los particulares, personajes para él esencialmente falsos, ya que "por debajo del pantalón a la Darnière se les ve el fleco del calzoncillo cribado de sus intereses". Para ese entonces Piria había terminado la construcción del puerto de Piriápolis, y erigido la Fuente de la Virgen y la estatua de un Toro en el cerro homónimo. La reacción de los lugareños no podía ser más adecuada para sacarlo de las casillas: le serrucharon una guampa al toro, arrancaron una reja de protección de la estatua para usarla como parrilla, y en cuanto a la Fuente deshicieron a balazos la estatua ("¡Ni las vírgenes se escapan a las furias irruptivas!" exclama Piria). Ni corto ni perezoso, la reemplazó por una estatua de hierro.

Otro folleto titulado *El embellecimiento edilicio de la gran capital bonaerense o sea El triunfo de Piriápolis* está dedicado a publicitar ante los probables compradores porteños la calidad y conveniencia de las piedras de construcción extraídas en las canteras de Piriápolis. Allí es posible enterarse por ejemplo, de que el gran Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo montevideano está recubierto con los pórfidos provenientes de Piriápolis. La misma procedencia tienen, en Buenos Aires, la labradorita oscura y las columnas de labradorita roja de la Confitería del Molino, de Callao y Rivadavia; el

frente y contrafrente de labradorita roja clara anacarada de la Imprenta de la Razón, de Av. de Mayo N°. 739; y el Pasaje de la Rural, de Cangallo al 1300, en labradorita oscura. El folleto se dedica a atacar los materiales similares importados de Europa por dos causas: su baja calidad y la inconveniencia de estar ya pulidos, quitándole así trabajo al obrero argentino. Lleno de entusiasmos, Piria habla de invadir con la producción piriapolense no sólo "los mercados de Sud América y América del Norte, sino también del continente europeo".

En 1918 realiza una gigantesca campaña promocional del balneario en Buenos Aires, en la que invierte 15.000 pesos oro. Hacia 1920 comienza la construcción del monumental Hotel Argentino, que inaugurado en 1931, sería durante años el más suntuoso de Sudamérica. Para el mismo hizo traer mobiliarios, alfombras y equipamiento europeo. Importó incluso un panadero suizo más tarde responsable de la fundación de varias panaderías de estilo alemán en Montevideo. Siempre fiel a los modelos del viejo continente, tuvo como punto de referencia permanente el balneario de Biarritz. Cada uno de sus edificios o monumentos, además, reproduce modelos precedentes, incluyendo una hermosa iglesia que se encuentra a medio camino entre Piriápolis y Pan de Azúcar, hoy abandonada y a veces utilizada como galpón para camiones.

En Montevideo fue dueño de un palacete ubicado en Ibicuy 1310, junto a lo que hoy es la central de la empresa ONDA, tan lujosamente equipado, que el remate del valioso mobiliario y obras de arte se transformó en un acontecimiento social en 1938, cuando se lo llevó a cabo por asuntos de sucesión. El catálogo del mismo da una idea de las inquietudes de Piria. Aparte de una enorme biblioteca, cuyo detalle por desgracia no figura, se mencionan elementos pintorescos del progreso de principios de siglo, como un Baño María eléctrico, un autoplano Steinway o un calentador de fuentes de platino, un abigarrado conjunto de artículos en el que se mezclan las estatuas de Buda con las mesas de billar y las saliveras niqueladas.

Poco después de inaugurar el Hotel Argentino, tal vez su empresa más compleja, Francisco Piria muere en 1933. Su vida sigue siendo hoy, después de medio siglo, un campo poco explorado por investigadores biográficos e históricos.



caricatura de la época.

pulido, una enorme estatua de Artigas, una Academia de Bellas Artes, una escuela agronómica nacional y un edificio denominado "Pasatiempo Ameno", donde funciona el "Teatro alegre", para diversión de un público que "rinde ferviente culto a la estética y es admirador de lo bello y de lo bueno".

En esos momentos el libro se acerca a su fin. Las últimas páginas son un curioso momento de culminación y muerte en que Fernando descubre en su acompañante femenina (una etérea Rosalba) a un amor del pasado (transmigración de las almas mediante), a quien estrecha en sus brazos para rodar al abismo con sus cuerpos, "mientras nuestros espíritus, libres de la terrestre envoltura, unidos en estrecho e inseparable lazo, vagaban sobre la encantada ciudad, en medio de la bruma crepuscular, entre el día que se despide y la noche que avanza".

Unas líneas de puntos separan ése, el verdadero final, de unos párrafos agregados, donde se paga tributo al realismo que Piria dice detestar: el personaje descubre que en realidad ha soñado todo, dormido por una sobredosis de remedio dado por un criado ignorante. Su desesperación es casi tanta como la del lector: "grito fuera de mí, como un loco: ¿soy aún un habitante del siglo XIX?" Y el triunfo anunciado en el título pasa de la seguridad utópica a la fe en el futuro: "¡Tanta dicha, tanta belleza; el triunfo de la fraternidad universal: el socialismo triunfante: todo fue un sueño...lo que será una realidad en el porvenir!"

Entretanto ha transcurrido un libro hasta ahora poco conocido de la cultura rioplatense, ya que a pesar de la afirmación de la portadilla: "Edición de 20.000 ejemplares", una letra menor aclara que se trata aquí del "1er. millar". En estas páginas hemos dado un esbozo general, que sería deseable ver completado alguna vez por fragmentos o la reedición del volumen, no sólo una curiosidad dentro del campo utópico, sino también invaluable documento para captar tendencias culturales y políticas del Montevideo de fines de siglo.

Elvio Gandolfo

Tres inventos de "El socialismo triunfante"

El telépalo portátil

Después de tomado el néctar y encendido un puro de las vegas de San Antonio —producto excelente de nuestro territorio— Segismundo Madriaga tomó su bastón, destornilló el regatón que tenía en el extremo y lo clavó en la tierra, y colocando en el mango una pequeña bocina, sentóse, y aplicando en ella la boca, pidió comunicación.

Yo al principio creí que aquel hombre estaba loco, pues a la verdad no se le podía haber dado otro calificativo en mi época al que se viera clavar un bastón en el suelo y después empezar a hablar en el mango.

¡Qué equivocado estaba y qué temerarios son los hombres cuando emiten opiniones sobre lo que no entienden ni conocen!

Supé que debido al invento de Fixert Umpier, sabio químico-físico de la Universidad de Chicago, la humanidad ha enriquecido el repertorio de sus grandes progresos con el telépalo portátil, el cual consiste en el pequeño bastón que usaba Madriaga y que después también

vi que usaban casi todos, el cual interceptando las corrientes electroterrestres, pone en comunicación a cualquier persona con la que se desee hablar, por más distante que se halle sobre la capa de nuestro globo; gran pila eléctrica cuyos polos negativo y positivo eran harto conocidos en mi tiempo.

La mototipia y el microbicida

Sólo Montevideo tiene cuatrocientos cincuenta y siete periódicos, todos ellos ilustrados; pues hoy son así los que se dan al público por medio de la mototipia, máquina notable que escribe, graba, imprime y encuaderna el periódico al tiempo que el director dicta sus artículos.

Invento del joven colombiano Arsenio Pichinango, premiado por el Supremo Consejo de Roma con una corona de oro y brillantes.

Es el mayor adelanto de esta última década, después del gran descubrimiento de Diego Lamas, de la Facultad de Constantinopla, quien inventó el microbicida, que preserva de todas las enfer-

medades que acechan al hombre y destruyendo su organismo lo mata.

A la electricidad, que tantos beneficios ha reportado a la humanidad, le estaba reservado prestar el mayor. En efecto, si una pila eléctrica mata al ser animado de mayor resistencia, ¿qué inconveniente había para que con lo que se obtenía lo más no se obtuviera lo menos?

Y el sistema nervioso se presentaba como estudio de esta nueva faz de la ciencia, que, como la palabra de Dios, se le revelaba al hombre y, después de miles de ensayos, verdaderamente milagrosos, anuncia al mundo y asombra al orbe entero con su descubrimiento.

La pila eléctrica portátil en forma de brazaletes que todos llevan, es para el organismo humano lo que el pararrayos para conducir la electricidad y preservar al hombre.

La pila eléctrica compuesta según el sistema de Diego Lamas, destruye todos los microorganismos que pueden invadir y encontrar fácil adaptación en nuestro organismo.

¡Los bacterios están vencidos! La bacteriología, siguiendo las evoluciones del progreso, ha terminado su parábola.

De *El socialismo triunfante*. Lo que será mi país dentro de 200 años, de Francisco Piria (1898).